Memorial de la República Dominicana a la Conferencia Panamericana de Santiago

Por M. M. Morillo

Con todo el respeto que nos merece la alta investidura que ostentais para representar a vuestros gobiernos en la V Conferencia Panamericana, tenemos el honor de dirigiros el presente documento para exponer la situación especial en que se encuentra la República Dominicana, sometida al control militar y económico por el Gobierno de los Estados Unidos desde el 29 de Noviembre de 1916, fecha en que fué destruído, sin razón ni derecho, el Gobierno Constitucional de la República, presidido entonces por el ilustre ciudadano doctor Francisco Henríquez y Carvajal, porqúe se negó a aceptar un tratado vejaminoso para la soberanía nacional.

Hace poco, que, el Gobierno de Washington, pensando tal vez que su injusto proceder con los pueblos débiles de América podrá sembrar la desconfianza entre las naciones del Continente, decidió buscar una solución para el caso dominicano; pero esta solución no satisface las aspiraciones de aquel país.

En el plan de evacuación subscripto en Washington el 30 de Junio de 1922, se reconoce el derecho de intervención, condenado por todos los principios y doctrinas de derecho internacional. El ocupante exige como condición "sine qua non" para retirarse, que la República Dominicana debe reconocer y validar todas las órdenes ejecutivas promulgadas por el Gobierno Militar que hayan creado impuestos, establecido rentas, ordenado erogaciones o creado intereses de terceros, y además los reglamentos en vigor votados durante el período de la ocupación, conforme se especifica en el aludido plan. Este plan fué subscripto en Wáshington por cuatro ciudadanos de Santo Domingo que se atribuyeron la representación del país sin que nadie les otorgara este poder.

Los firmantes del plan, titulados representativos por Wáshington, no son sino representativos del interés americano en Santo Domingo, anhelosos de gobernar reconocidos por la Casa Blanca, como apuntó nuestro primer internacionalista el doctor Américo Lugo.

La elección de un Presidente provisional, que no es otra cosa que un ciego instrumento del gobierno de los Estados Unidos para sancionar todos los actos ilegales consumados por el ocupante, fué hecha por los tales representativos, sin haber coptado para nada con la aquiescencia del pueblo.

Entre los actos realizados por el Gobierno Militar que deben reconocerse y legitimarse, figuran dos empréstitos contratados con crecidos intereses en beneficio del capitalismo norteamericano. Uno de estos empréstito fué celebrado en 1918 y otro en 1922.

El artículo tercero de la Convención Dominico-Americana del 7 de febrero de 1907, establece lo siguiente:

"Hasta que la República Dominicana no haya pagado la totalidad de los bonos del empréstito, su deuda pública no podrá ser aumentada sino mediante un acuerdo previo entre el Gobierno Dominicano y los Estados Unidos."

Como se ve, era necesario el consentimiento de las dos Altas Partes contratantes para realizar estos empréstitos y una de ellas había desaparecido por un acto de fuerza de la otra que se atribuyó de por sí la representación de las dos partes. La inversión de los fondos de esos empréstitos muchas veces no se ha podido justificar, como sucedió con el de 1918.

Las concesiones otorgadas por el Gobierno Militar para exportaciones agrícolas, son ruinosas para el país. Por medios violentos se despojó a los agricultores dominicanos de sus tierras en beneficio de las empresas norteamericanas.

El principal cómplice de Wáshington en la elaboración del plan de desocupación, el señor Francisco J. Peynado, uno de los titulados representativos, es el abogado de una poderosa empresa norteamericana que ha sido la que más beneficios ha obtenido con motivo de la expropiación de tierras laborables en Santo Domingo. Y resulta muy significativo el hecho de que ya la opinión señale al señor Peynado como el indiscutible futuro Presidente de la República.

El pueblo dominicano, con su legítimo Presidente a la cabeza, el abnegado patriota, doctor Francisco Henríquez y Carvajal, apoyado por una gran mayoría del país ya había indicado la única fórmula aceptable para la reintegración de la Soberanía Nacional: "Desocupación pura y simple", esto es, que el invasor se marchara tal como entró, sin imponer trábas ni cortapisas a la soberanía de la República, convertida para siempre en un protectorado de los Estados Unidos por causa de la ambición de cuatro hombres desleales que, al traicionar a su patria pasando por encima de la Constitución y de las leyes de la República, traicionaban también a la causa de América.

Sería cansar vuestra atención si nos dedicáramos a enumerar y exponer la interminable serie de atropellos, exacciones y crímenes cometidos por el ejército invasor de los Estados Unidos durante los seis largos años de intervención militar en Santo Domingo, porque todos estos hechos son bien conocidos en la América y en todas partes. El eco de nuestro protesta se dejó oir en todo el mundo. Sin embargo, nos vamos a permitir citar dos o tres casos que han dejado imborrable recuerdo en nuestro país por la crueldad y la saña con que fueron realizados.

"Es cierto que en nuestra agitada vida política presenciamos más de una vez sumarios fusilamientos, pero jamás supimos del tormento del agua, del hierro candente aplicado a las carnes, del tortor de la soga, ni de haber arrastrado, atado a la cola de un caballo, en pleno día, en la ciudad de Hato Mayor, a un anciano octogenario." Carta de Monseñor Adolfo A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, al señor W. W. Russell, Ministro de los Estados Unidos en Santo Domingo. (Publicada en el *"Diario de la Marina* de la Habana, el 7 de abril de 1920).

Y hoy día, exhibe su cuerpo mutilado, por toda la República, convertido en un *Ecce Homo*, para eterno baldón de los implacables y crueles dominadores, el infeliz campesino dominicano Cayo Báez, a quien martirizaron con hierros al rojo para obligarle a delatar a sus compatriotas y cosas que ignoraba.

"Sirva de prueba concluyente, la siguiente carta en que Mr. Bryan, Secretario del Estado norteamericano, le pide a Mr. Vick, Receptor de las Aduanas de Santo Domingo, le indique los puestos de que dispone en sus oficinas para premiar con ellos a sus correligionarios demócratas que lo merezcan.

He aquí la carta: (1)

"Mi querido Mr. Vick:

"Ahora que está Vd. en Santo Domingo y se ha familiarizado con la situación, ¿podría Vd. decirme los puestos de que dispone para premiar con ellos a los demócratas que lo merezcan?

"Cada vez que Ud. necesite la indicación de un nombre para cualquier cargo, póngala en mi conocimiento.

"Ud. tiene demasiada experiencia en la política para saber cuán valiosos son los que trabajan en ella, mientras se está efectuando una campaña electoral y lo difícil que resulte encontrar luego premios adecuados para todos los que a ellos se hayan hecho acreedores. No sé hasta donde sea necesario el conocimiento del idioma español para el desempeño de esos cargos. Dígame las condiciones que se requieren, el sueldo que a cada puesto se señale y la fecha en que probablemente se hagan los nombramientos.

"Sullivan llegará antes de mucho tiempo; Ud. y él, unidos, pueden introducir reformas necesarias ahí. Encontrará en él un hombre fuerte, valeroso y de confianza. Cuanto más lo trato más me convenzo de que encajará en su puesto en ésa, y de que hará lo que sea necesario hacer.

"*W. J. Bryan.*"

Todos estos datos constan en una investigación que mandó a hacer el Senado de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos han prometido retirar sus fuerzas de la República Dominicana tan pronto como se dé cumplimiento al plan. Pero, ¿se han retirado acaso de Haití y Nicaragua a pesar de que no existe acuerdo previo alguno que autorice la permanencia de fuerzas norteamericanas en esos territorios? ¿Han garantizado que dejarán de volver a intervenir en Santo Domingo?

El pueblo dominicano desconfía, con sobrado motivo, de las promesas de Wáshington, porque ya ha sido burlado muchos veces.

El 13 de Mayo de 1916, el Almirante W. B. Caperton, que se ha hecho famoso en los mares de Caribe como especialista en intervenciones, hizo las siguientes declaraciones al apoderarse de la ciudad de Santo Domingo, y meses después se produjo la destrucción del Gobierno Contitucional:

"Esta ciudad ha sido ocupada militarmente por fuerzas norteamericanas. Al tomar esta decisión, tenemos el sincero propósito de garantizar una libre e imparcial actuación por las Cámaras para la elección de un nuevo Presidente de la República."

Lo que deseamos de parte de los ilustres Delegados al V Congreso Panamericano, es que, inspirados en un verdadero sentimiento de solidaridad americana, se busque una solución eficaz para coartar y poner fin de una vez por todas, a la política imperialista de los Estados Unidos. Que el Panamericanismo no sea como hasta ahora, un ideal vago, impreciso que inspire justificadas desconfianzas y recelos, sino algo concreto y positivo que nivele a todos los pueblos de la América en un mismo plano de igualdad. Que sea algo como lo que bosquejó el ilustre Guillermo Valencia en su memorable discurso de la colocación de la primera piedra para el monumento a Bolívar, al expresarse de este modo:

"Qué venga y qué venga pronto, esa Carta Magna de los pueblos americanos en que se especifiquen los derechos y deberes de los Estados y de las naciones, para tener una unidad común con qué medirnos y pesarnos. Preciosa y necesaria fórmula sin la cual el panamericanismo valdrá como una música sin palabra, como una aspiración vaga que avanza tímidamente entre incertidumbres, por carencia de base jurídica desde donde se dé y comparta a todos, su derecho igualmente."

Hemos venido expresamente hasta Chile, en estos solemnes momentos en qu se encuentran reunidos los representantes más conspicuos de los pueblos de América, para dar a conocer la situación actual de la República Dominicana, con la esperanza de que el infortunio de nuestra patria encontrará simpatizadores, en el seno del Congreso Panamericano, que consagren sus esfuerzos, inteligencia y buena voluntad para redimir a los pueblos oprimidos del Continente.

M. M. Morillo.

Antiguo Encargado de Negocios de la República Dominicana en Cuba y Secretario de la Misión Nacionalista.

Santiago de Chile, Abril de 1923.

(1). Vió la luz en "The New York Times", Enero 15, 1915, p. 5; y en "El Mundo", de la Habana, Enero 22, 1915, p. 2. Tomado del folleto titulado "La Ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el Derecho de las pequeñas Nacionalidades de América", por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, abogado del Colegio de la Habana, Jefe del Despacho del Primer Congreso Jurídico Nacional, Miembro de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional.

FRENTE AL IMPERIALISMO

Por Amedoro Rangel

Uno de los más caracterizados pensadores de nuestro Hemisferio, el doctor José Ingenieros, cuyo prestigio intelectual se extiende hasta el Viejo Mundo, hace poco — 11 de octubre de 1922 —, con motivo del banquete ofrecido por los escritores argentinos a un publicista mejicano, pronunció un discurso que puede considerarse como un verdadero grito de alarma frente a la política expansionista de los Estados Unidos en sus relaciones con la América del Sud.

Ya no son las naciones que por su debilidad o por su situación geográfica misma, están más expuestas a caer bajo la tutela de nuestros poderosos vecinos, las que ven con inquietud el avance imperialista de la República del Norte; ya no son voces aisladas las que se levantan a denunciar el peligro que amenaza la independencia y la integridad territorial de los Estados sudamericanos; ya no son, en fin, vanos líricos los que tratan de despertar la dormida atención de estos pueblos en su actitud con respecto a las maniobras de los voraces capitalistas yanquis; hoy son los hombres sustantivos de la América Latina — los que por su saber, por su autoridad moral y por su clara visión acerca de los destinos futuros de todo el Continente, han conquistado el derecho a ser oídos con respeto —, quienes tratan de coordinar energías dispersas para constituir el bloque que ha de oponerse a la marcha audaz del Coloso. Grande, rico y denso éste, como dice Ingenieros, hay que saber si es posible equilibrar su fuerza avasalladora.

Los Estados Unidos, al formular la célebre doctrina que lleva el nombre de su autor, Monroe, no tuvieron en mira sino sus propios intereses. Querían ellos evitar que, por medio de una conquista más o menos directa, vinieran a ser sus vecinos, peligrosos enemigos, y, además buscaban, con el sentido práctico que los caracteriza, reservarse una fácil presa para lo porvenir. Sin embargo, no puede desconocerse la influencia bienhechora que tuvo esa doctrina, no sólo en el momento en que fué formulada, sino aún mucho tiempo después. Bien que no siempre los norteamericanos se hayan mostrado dispuestos hacerla respetar, es incuestionable que ella ha sido un obstáculo ante el cual ha retrocedido no pocas veces la ambición imperialista de los Estados Europeos. La nación cuyo atraso hacía escribir a Hámilton, ocho años después de declarada la independencia: "Se puede decir con verdad que hemos llegado al último extremo de la humillación política... Nos hallamos en un estado que no nos permite mostrarnos sensibles a las ofensas y repararlas; no tenemos ni tropas, ni tesoro, ni gobierno", — ya en 1823 manifestaba, en un documento célebre, que no estaba dispuesta a tolerar injurias a ninguna potencia extranjera ni a permitir que la Europa interviniera en América con el fin de extender su política al Continente "bajo no importa qué forma se produjera tal intervención".

"Hipotética garantía en el pasado" fué la doctrina de Monroe, según el sabio argentino. Con todo, nosotros creemos que, libres de España no hubiéramos tardado en caer en manos de otro poder extranjero, si los Estados Unidos no lanza su arrogante amenaza a las potencias aliadas del Viejo Mundo. El caso de Venezuela — bloqueo de nuestras costas en 1902, — que Ingenieros cita entre otros para corroborar su aserto, demuestra, por el contrario, la virtualidad de aquella declaración: no tuvieron que dar formales explicaciones al Gobierno de Wáshington, con relación a los propósitos que abrigaban, tanto Alemania como Inglaterra e Italia, antes de poner en práctica las medidas que iban a ejercerse?, ¿no hicieron saber previamente esas naciones a la Cancillería del Norte, que no entraba en sus miras ningún proyecto de expansión territorial en Venezuela? Si esto fué así, como en realidad lo fué, ¿no implica semejante acto un acatamiento explícito de Monroe?

El discurso del doctor José Ingenieros, sugiere graves consideraciones. Por mucho tiempo creyose que en Panamá detendría su vuelo la temible águila. Naciones como la Argentina, Chile, el Brasil y el Uruguay, pensaron que la actividad desenfrenada del capitalismo yanqui, señor del mundo, no llegaría a golpear sus puertas con manos agresivas. Suponían que su organización y la circunstancia de estar situadas fuera de la zona que la Estrella Polar ambiciona con fines políticos y económicos, las ponía a cubierto de futuras conquistas. Sin embargo, el peligro, cada vez más eminente, parece haber desvirtuado tan lisonjera creencia. Al menos, así lo confiesa enfáticamente el señor Ingenieros. "¿Dudaremos todavía? — exclama después de enumerar hechos graves. — ¿Seguiremos creyendo ingenuamente que la ambición imperialista terminará en Panamá? Ciegos estaríamos si no advirtiéramos que los países del Sur estamos en la primera fase de la conquista, tal como antes se produjo en los países del Norte, que sienten ya el talón de la segunda". Con un análisis despiadado de otros hechos, el sociólogo del Plata confirma sus rudos vaticinios. Desde 1898, con el vencimiento de España, en la guerra contra los Estados Unidos, la política imperialista y de hegemonía de estos últimos, entra en acción: se adueñan de Puerto Rico y, por virtud de la llamada Enmienda Platt, obligan a Cuba a insertar en su Constitución los cinco vergonzosos artículos adicionales que consagran el protectorado; viene luego el escándalo de Panamá; intervienen en Nicaragua; atentan contra la soberanía de Méjico; extienden su mano sobre Haití; ocupan militarmente Santo Domingo...

"Desde este momento — son las palabras del escritor argentino, — la locura del partido imperialista parece desatarse. La ingerencia norteamericana en la política de Méjico, Cuba y Centro América tórnase descarada... Ayer no más, hoy mismo, obstruye y disuelve la Federación Centroamericana, sabiendo que todas las presas son fáciles de devorar si se dividen en bocados pequeños. Ayer no más, hoy mismo, se niega a reconocer el gobierno constitucional de Méjico, si antes no le firma tratados que implican privilegios para un capitalismo extranjero en detrimento de los intereses nacionales. Ayer no más, hoy mismo, inflige a nueva afrenta de imponerle como interventor tutelar al general Croder".

El doctor Ingenieros precisa el problema que se nos ofrece, en estos términos: "Tenemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro: O entregarse sumisas y alabar la Unión Panamericana (América para los americanos del Norte), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latino Americana (América para los latinoamericanos)". Y, para resolverlo, propone remedios que no se compadecen, desgraciadamente, con la urgencia que él mismo proclama.

Creer que por medio de una propaganda bien encaminada, "las fuerzas morales" pueden llegar "oportunamente" a realizar una cohesión de voluntades que haga posible una vasta confederación de pueblos, es confiar demasiado en el buen sentido de naciones cuyo espíritu de solidaridad está apenas en embrión y las cuales caminan frente al abismo que tienen a sus pies, con la misma inconciencia de un niño de pocos años. La uniforme orientación de grandes agregados humanos, así en el orden internacional como en todos los otros órdenes de la vida colectiva, no se logra sin la continuidad de un esfuerzo enérgico, decidido, consciente y de larga duración. Además no se puede olvidar que ciertos factores tienen un carácter esencialmente retardador, a los cuales en preciso vencer: el desierto que nos aisla; la abulia de la nueva raza; los antagonismos mezquinos, propios de pueblos jóvenes; las diferencias por límites, que dividen a muchas de nuestras Repúblicas; y por sobre todo, el desigual grado de cultura y de progre, so que acusa la evolución de estas democracias.

Entretanto, tenemos de frente la actividad frenética con que los Estados Unidos, empujados por su clase capitalista, buscan nuevos cauces a su desmedida y desbordante fuerza económica y política. Los amigos inteligentes y sinceros de que hablaba Santander, hánse transformado, por virtud de su fantástico desarrollo; en una potencia dominadora y agresiva. Temidos y aduladores, ellos sueñan con un imperio como el que forjó la ambición de César.

Lo que dijimos en un artículo que publicamos en 1919, lo repetimos hoy: Pretender formar de estas democracias divididas un solo bloque, para oponer energías compactas y disciplinadas al imperialismo de los grandes Estados, es un proyecto tan grandioso como utópico. Pueblos belicosos, separados por viejas "querellas de hermanos", preferirán sucumbir antes que deponer sus odios recíprocos. Es más práctico el pensamiento de coordinar a estas Repúblicas anarquizadas por medio de confederaciones menos amplias, pero no por eso menos eficaces, como las ligas anfictiónicas de la antigua Grecia. Serían pequeños núcleos de resistencia, pero que, ya organizados, podrían llegar sin tantas dificultades a un acuerdo continental cuando el peligro tocara a sus puertas.

Unidos la Argentina, Chile, el Brasil y Méjico, digamos, por un tratado que asegurara la mutua cooperación, llegado el caso, el ejemplo sería saludable para otros pueblos, que no tardarían en formar otras tantas agrupaciones, según sus afinidades espirituales y según sus intereses más concordes. La autoridad de la primera liga, sus condiciones fundamentales, su funcionamiento, y la resonancia del suceso, encenderían el entusiasmo de los demás hermanos del Sur. El hecho forzaría a cada quien a proceder a un serio examen de conciencia. Consideramos que el éxito de una labor encaminada en este sentido, sería menos problemático que el que sueña el renombrado sabio del Plata. Y, orientada la opinión pública, no estaría lejano el día en que fueran factibles: la constitución de un Alto Tribunal Latino Americano para conocer de las diferencias entre los confederados y de un Supremo Tribunal Económico para regular todo lo relacionado con la cooperación en la producción y el intercambio; la resistencia unánime del Continente a todo lo que implique una intervención de potencias extranjeras: y la extinción gradual de las deudas que comprometen la independencia de los pueblos, todo como lo apunta el doctor Ingenieros en su memorable discurso.

Realizada esta visión de grandeza, el estandarte de la soberanía e independencia de la América Latina, flotaría orgulloso ante el mundo absorto, y el espectro del Protectorado no turbaría más el sueño augusto de los héroes y de los estadistas que fundaron la gran Patria Sudamericana.

(De "El Trabajo", Cúcuta, Colombia).

(Continuación del Memorial de Haití)

berse reunido, por el hecho de negarse a conceder a los extranjeros el derecho de adquirir bienes raíces.

Una nueva Constitución, preparada por Franklin D. Roosevelt, Subsecretario del Departamento de Marina de Estados Unidos, se impuso al pueblo por medio de un llamado plebiscito, sistema absolutamente desconocido en la legislación anterior de Haití.

En lugar del Cuerpo Legislativo *electo* se instituyó un consejo de Estado compuesto de 21 miembros, nombrados por el Presidente, y revocables según su capricho. El Tribunal de Cuentas, institución esencialmente democrática que, según las leyes haitianas se nombra por el Senado de la República, se ha dejado de determinado, fué abolido por una ley del Consejo de Estado.

Ahora, se mantiene al pueblo en la ignorancia más completa respecto a los negocios de la administración: ignora los ingresos y egresos del Estado y nadie es responsable de la administración de sus fondos. El mismo Presidente no es más que un juguete en las manos del General americano, llamado Alto Comisario, quien tiene una omnipotencia absoluta. No hay presupuestos. Es el desorden, la anarquía, el caos...

EL NUEVO PRESIDENTE

El período presidencial de Monsieur Dartiguenave terminó el 15 de Mayo de 1922.

Ninguna elección para formar el Cuerpo Legislativo había sido permitido desde la última disolución de éste, en 1917.

El Presidente Dardiguenave y el Departamento de Estado Norteamericano se pusieron de acuerdo, por notas cambiadas, que se publicaron en los periódicos de Haití, para posponer indefinidamente las elecciones legislativas debido a que dichas elecciones habrían llevado a las Cámaras a ciudadanos enemigos de la ocupación americana.

El Consejo de Estado procedió a celebrar las elecciones, a pesar de la protesta unánime de toda la prensa del país y de todas las ligas o sociedades patrióticas organizadas. El nuevo Presidente nombrado fué el Ministro de Relaciones Exteriores, que había firmado la convención del 16 de Setiembre de 1915 y todos los acuerdos suplementarios por los que se concedieron las franquicias y privilegios nacionales a los norteamericanos. Fué también el mismo que había firmado, el mes de Mayo de 1918, con el Ministro de los Estados Unidos, un protocolo que fijaba una prórroga del tratado por un nuevo período de diez años.

El acto con que el nuevo Presidente inauguró sus funciones fué un empréstito de 40.000,000 de dólares, que entrega al país, atado de pies y manos, por un tiempo indefinido, a algunos magnates de las finanzas neoyorquinas.

Pero el pueblo haitiano, representado principalmente por la "Unión Patriótica", sociedad de más de veinte mil miembros, protesta contra la ocupación de su territorio, contra el tratado de septiembre de 1915, contra la Constitución forjada por Franklin D. Roosevelt en 1918, y reclama enérgicamente y sin condiciones de ninguna especie, su independencia y su soberanía.

PEDRO HUDICOURT

Representación de la Unión Patriótica Haitiana.

LA DOCTRINA MONROE

La política imperialista que ahora practican los Estados Unidos, dá a la famosa declaración de 1823 un sentido que los valientes pueblos latinoamericanos no pueden admitir.

Y más ahora que el telégrafo ha traído la noticia de que en las altas esferas políticas norteamericanas se piensa en sustituir la Doctrina Monroe.

El pueblo haitiano se pregunta y pregunta a todos los pueblos de la América: ¿es posible sustituir la Doctrina Monroe por un sistema que legalice los actos de violencia perpetrados contra el Derecho de Gentes en la América Central y en las Antillas?

VERDAD, CIENCIA, IDEAL

Por José Ingenieros

I. — Verdad.

1. El amor a la verdad es la más noble de las fuerzas morales. Virtud humana, no necesita convertirse en la adoración de un mito racional. Quede para el dogmático la presunción de poseer verdades imperfectibles, y para el escéptico el renunciamiento a toda posible verdad para el místico la confianza en inmutables verdades reveladas; más respetable que cualquiera opinión metafísica es el valor moral implícito en la investigación de la verdad, por todos los caminos que pueden acercarnos a ella, tal como pódemos concebirla en nuestro punto del espacio y momento del tiempo. Hay menos mérito en la ilusión de poseer verdades absolutas que en el esfuerzo puesto en buscarlas relativas, sin asentir a fórmulas consagradas por la rutina de los demás, sin acatar nada que excluya el contralor de la experiencia y de la crítica.

Si el saber incesante de lo real determina la variación de lo cognoscible y de lo concebiente, cuyas relaciones sólo pueden concebirse como un equilibrio inestable, toda verdad expresa una perfectible correlación funcional. No es lícito, pues, concebir la existencia de verdades absolutas, preexistentes en la razón abstracta; su una experiencia como la humana, formada en función de un universo variante, deviene sin cesar verdades relativas a esa variancia misma.

El ignorante vive tranquilo en un mundo supersticioso, poblándole de absurdos temores y de vanas esperanzas; es crédulo, como el salvaje o el niño; si alguna vez duda, prefiere seguir manteniendo lo que ya no cree; al descubre que es cómplice de mentiras colectivas, calla sumiso y acomoda a ellas su entendimiento.

El estudioso, si duda de las supersticiones vulgares, no omite sacrificios para emanciparse del error; rectifica sus creencias con amor y con firmeza; no teme ilusorios fantasmas; se mueve con naturalidad en su ambiente, equivocándose cada vez menos en la apreciación de cosas y de los hombres.

Todo error sincero merece respetuosa consideración. Es, en cambio, despreciable la hipocresía del que oculta sus ideas por vanales motivos; y es criminal la mentira del que la enseña a sabiendas por torpes convenciencias.

Se puede amar la verdad poseyendo creencias inexactas. Pero el hombre que adhiere a las mentiras corrientes sin creer en ellas, es inmoral; no lo es menos el que sospecha que sus creencias son falsas, pero se niega a investigarlo, prefiriendo medrar del error a sufrir por la verdad. Desgraciados los que no conciben a Sócrates, que muere enseñando, ni a Galileo, que repite en el tormento su "eppur si muove", como una apelación a la justicia de la posteridad.

⁂

2. Las supersticiones perpetúan entre los hombres el odio y la injusticia. Son residuos fósiles de creencias ya extinguidas; del remoto pasado, inmenso sepulcro, se levantan sus fantasmas para cruzar el paso a los que investigan la verdad. Son males que en el porvenir tendrán remedio, si no es irreparable la mentira que esclavizan a los hombres, si la ignorancia que los domestica. Todos los tartufos lo sospechan y nada les parece excesivo para perseguir la verdad, cuando asoma en el verbo de un apóstol o en la conciencia de un pueblo.

Equivocarse es humano; podemos perdonar al que se equivoca, si tiene el valor de confesarlo cuando se le demuestra su error. En cambio, quien carece de lealtad para reconocer sus errores, es tanto más despreciable cuando mayor es su especialmiento. El que miente es un falsario, capaz de torcer la verdad, de embrollarla, de corromperla, de perseguirla. Los hombres que viven inmoralmente aborrecen la verdad y caen siempre en la cobardía de mentir.

Contados son los que desatan las ligaduras de lo convencional; contados los que tienen fe en la eficacia de la verdad y en una nueva educación que permita, en el porvenir, encaminarse hacia ideales más altos. El hombre no necesita para la marcha las muletas de ningún dogmatismo; los que tienen temperamento místico pueden conciliar sus sentimientos con su razón recordando el aforismo clásico: "no hay religión más elevada que la verdad". Sin las fuerzas morales que nacen del amor a ella, los hombres no se emancipan de las supersticiones que son su yugo. El pasado oprime a los débiles y los ata a dogmas que otros forjaron; los muertos nos mandan en razón inversa de nuestra capacidad de vivir.

El que en nombre de errores tradicionales se opone a la libre investigación de la verdad, conspira contra la dignificación de su pueblo. Ningún sistema del pasado merece que se le sacrifique una hipótesis del porvenir. Nada debemos acatar antes de comparar hechos con hechos, ideas con ideas, doctrinas con doctrinas. Creer en el primer catecismo que se nos enseña o se nos impone, es renunciar a nuestra personalidad; adherir intencionalmente al que conviene a nuestros intereses materiales, equivale a negar de toda moral.

Los dogmatismos son conciencias que los beneficiarios de la mentira hacen gravitar sobre nuestra conciencia. Las castas y las sectas imponen el sacrificio de algunas verdades o una limitación del libre examen. Por eso los grandes responsables suelen sobreponerse a todos los dogmas, puesta su pupila en ideales que no caben en los castillos de su tiempo; los aman y los sirven sin sujetarse. Convenciencias transitorias. Heraldos de un ideal son los que no enmudecen ante la hostilidad de los futinarios; apóstoles son los que no acomodan su conciencia a viles necesidades de aprovechamiento personal. Su obra y su ejemplo sobreviven en los siglos, acrecentando el patrimonio moral de la estirpe humana.

⁂

3. Todo progreso moral es el triunfo de una verdad sobre una superstición. El Renacimiento de las artes y las ciencias fué una revolución tan grande que aún persiste el eco de ese conflicto entre la medioeval no extinguido y lo moderno en formación. Y la fuerza magnífica puesta en juego por sus actores, fué la verdad; el deseo de la verdad lógica, en la ciencia; el deseo de la belleza, que es la verdad en el arte; el deseo de la virtud, que es la verdad en la moral; el deseo de la justicia, que es la verdad en el derecho.

Amar la verdad es contribuir a la elevación del mundo moral; por eso ningún sentimiento es más odiado por los que medran de mentir. En todos los tiempos y lugares, el que expresa su verdad en voz alta, como la cree, lesionado, causa inquietud entre los que viven a la sombra de los intereses creados. Pero aunque a toda hora le acechen la intriga y la venganza, el que ama su verdad no la calla; el hombre digno prefiere morir una sola vez, llevando incólume su tesoro.

El cobarde muere moralmente cien veces, si otras tantas renuncia por miedo; es vil quien prostituye sus creencias en la hora del peligro, mintiendo para ganar el perdón de sus propios enemigos. La cobardía moral es de suyo tan infame que ninguna pena podría aumentar su vergüenza; y la mayor de todas las cobardías consiste en callar la verdad para recoger las ventajas que ofrece la complicidad con la mentira.

Las verdades pueden ser peligrosas para quienes las predican. Pero el que las ama, lejos de arrendarse por el peligro, debe provocarlo, enseñándolas a los que aún pueden aprenderlas, pues en el esparzir de los jóvenes la verdad es como el calor del sol, que en los jardines se convierte en flores.

La verdad es la más temida de las fuerzas revolucionarias; los pequeños motines se fraguan con armas de soldados, las grandes revoluciones se hacen con doctrinas de pensadores. Todos los que han pretendido eternizar una injusticia, en cualquier tiempo y lugar, han temido menos a los conspiradores políticos que a los heraldos de la verdad, porque esta, pensada, hablada, escrita, contagiada, produce en los pueblos cambios más profundos que la violencia. Ella — siempre perseguida, siempre invencible — es más eficaz instrumento de redención moral que se ha concedido en la historia de la humanidad.

II. — Ciencia

1. Las ciencias son sistemas de verdades cada vez menos imperfectas. La experiencia de mil siglos ha recorrido múltiples caminos en la exploración de lo desconocido y cada nueva generación podrá llegar más lejos por ellos o aventurarse por otros aún inexplorados; las metas se alejan incesantemente y toda verificación plantea problemas que antes de ella no podían preverse. En cada etapa del desenvolvimiento científico, el saber a la verdad aconseja no considerar inmutables las hipótesis legítimas de las ciencias, pero obliga a reputar ilegítimas las que no concuerdan con sus leyes demostrables.

Siendo variantes los elementos de nuestra experiencia, y sus relaciones, toda ley enuncia una constancia en los hechos y es una expresión perfectible de relatividades funcionales. La noción de principios absolutos e invariantes es absurda y no merece llamarse hombre de ciencia quien padezca esas supersticiones trascendentales de los antiguos teólogos y metafísicos; los que desean o temen que las ciencias fijen dogmas nuevos en reemplazo de los viejos, demuestran no haber estudiado ciencia alguna y no estar capacitados para su estudio.

Los métodos no son cánones eternos, sino hipótesis económicas de investigación, inducidas de la experiencia misma; conducen a resultados rectificables que constituyen conocimientos relativos, presumiéndose ilimitado su posible perfección. Debe inferirse de ello que no existen ciencias terminadas; es tan lógico creer que ellas han resuelto los infinitos enigmas de la naturaleza, como suponer que puede entenderse alguno sin estudiar previamente las ciencias que con él se relacionan.

Cada ciencia es un sistema expresable por ecuaciones funcionales cuyos elementos variantes son hipótesis que sirven de andamiaje al conocimiento de una parte de lo real; el valor de cada hipótesis no es relativo a ningún principio invariante, sino al de otras hipótesis, siendo cada una función de las demás. En alguna futura teoría funcional del conocimiento podrán concebirse las mismas hipótesis metafísicas como complejas ecuaciones funcionales, cuya variancia inexperiencial está condicionada por las variancias experienciales, correlacionables todas en un sistema infinitamente perfectible.

⁂

2. El saber humano se desenvuelve en función de la experiencia. Todo lo que ha vivido, especies y generaciones, ha adquirido por adaptación y transmitido por herencia las aptitudes que constituyen el patrimonio instintivo que sirve de base a la experiencia humana; en ésta se combinan las impresiones de lo real, desde el desequilibrio inmediato del receptor sensitivo hasta las más abstractas reflexiones de la función de pensar.

Elementos simples se coordinan en los orígenes de nuestra experiencia; la caricia maternal, el casto de la cigarra, el tiliar de la estrella, la dulzura de la miel, el perfume de la flor, todo contribuye a nuestra representación inicial del mundo y se integra en el devenir de más complejos conocimientos. El paso de las primitivas supersticiones prelógicas a las doctrinas científicas menos imperfectas, consiste en la incesante sustitución de unas hipótesis por otras, cada vez mejor correlacionadas entre sí.

Las ciencias son los resultados de una milenaria colaboración social, en que se han combinado infinitas experiencias individuales. Cada sociedad, en un dado momento, posee cierta experiencia actual que es función de su ciencia posible; las hipótesis más arriesgadas son interpretaciones generales fundadas en los conocimientos de su medio y de su tiempo, por mucho que el genio se anticipe a la experiencia futura.

Patrimonio común de la sociedad, las ciencias no deben constituir un privilegio de castas herméticas ni es lícito que algunos hombres monopolicen sus resultados en perjuicio de los demás. Es único límite a su difusión debe ser la capacidad para comprenderlas; el destino único de sus aplicaciones, aumentar la común felicidad de los hombres y permitirles una vida más digna.

Temiendo las consecuencias sociales de la extensión cultural, algunos privilegiados predicaron otrora "la ciencia por la ciencia", pretendiendo reducirla a un placer solitario; los tiempos nuevos han reclamado "la ciencia para la vida" palanca de bienestar y de progreso. Cuando la sabiduría deje de ser un depósito de epicúreos podrá convertirse en fuerza moral de enaltecimiento humano.

⁂

3. El espíritu científico excluye todo principio de autoridad. Un sistema funcional compuesto de elementos variantes no puede conciliarse con dogmas cuya invariancia se presume inaccesible a todo examen y crítica. El desenvolvimiento del saber científico tiende a extinguir las verdades infalibles sustentadas en el principio de autoridad y reputadas inmutables.

Ninguna creencia de esa índole debe ser impuesta a los jóvenes, obstruyendo la adquisición de ulteriores conocimientos y la formación de nuevos ideales. Enseñar una ciencia no es trasmitir un catálogo de formulas definitivas, sino desenvolver la aptitud para perfeccionarlas. Los investigadores enoblecerán su propia ética cuando se desprendan de los dogmas convencionales que perturbaron la lógica de sus predecesores.

Las ciencias dejarían de perfeccionarse si la crítica no revisara incesantemente cada hipótesis en función de las demás; la duda metódica es la condición primera del espíritu científico y la actitud más propicia al incremento de la sabiduría. El amor a la verdad obliga a no creer lo que no puede probarse, a no aceptar lo indemostrado. Sin la firme resolución de cumplir los deberes de la crítica, examinando el valor lógico de las creencias, el hombre hace mal uso de la función de pensar y se convierte en vasallo de las pasiones propias o de los sofismas ajenos. El error ignora la crítica; la mentira la teme; la verdad nace de ella.

Merecen las ciencias el culto que le profesan los hombres libres. Son instrumentos de educación moral, elevan la mente, abnegan el corazón, enseñan a dominar los instintos antisociales. El amor a ellas, tornándose pasión, impulsa a renovar incesantemente las fuerzas morales del individuo y de la sociedad; el espíritu científico libera al hombre de misteriosas cadenas que son las más humillantes. Por la mejor comprensión de sí mismo y del medio en que vive, aumentan su sentimiento de responsabilidad moral frente a las contingencias de la vida. Eliminan los vanos terrores que nacen de la ignorancia y engendran la superstición, devuelven a la humanidad su rango legítimo en la naturaleza y desarrollan un bello sentimiento de serenidad ante la instable armonía del universo.

III. — Ideal

1. Los ideales éticos son hipótesis de perfección. Cada sociedad humana vive en continuo devenir para perfeccionar su adaptación a un medio que incesantemente varía; las etapas vividas de ese proceso funcional son concebidas por la imaginación de los hombres en forma de ideales. Un hombre, un grupo o un pueblo son idealistas cuando conciben esos perfeccionamientos y ponen su energía al servicio de su realización.

Siendo expresiones de hipotéticos estados de equilibrio entre el pasado conocible y el porvenir imaginable, los ideales se postulan como anticipadas representaciones de procesos que se gestan continuamente en la inextricable realidad social; cuando lo expresan una forma del posible devenir, son fantasmas vanos, fútiles quimeras.

El valor de los ideales, como hipótesis de perfectibilidad, es muy diverso; pero es la ulterior experiencia, y sólo ella, quien decide sobre su legitimidad en cada tiempo y lugar. Un ideal, como fuerza viva, es la antítesis de un dogma muerto; tanto difieren, el uno del otro, como un ruiseñor que canta en la rama difiere de su cadáver embalsamado en la vitrina de un museo.

Por eso conviene repetir que "en el curso de la vida social se sele